

---

## “Si Dios no existe, alguien debe otorgar los certificados” (Notas sobre la Academia de Letrán)

Carlos Monsiváis

**A** Bernardo de Balbuena le debemos ese gran inventario de jerarquías y creencias, *Grandeza Mexicana*. Allí, él imparte un consejo que le sirve a la vez al interesado en el saber, y a quien pretenda ser ciudadano:

si desea vivir y no ser mudo  
tratar con sabios que es tratar con gentes  
fuera del campo torpe y pueblo rudo.

Alabanza de corte y menosprecio de aldea en una de las primeras expresiones novohispanas de lo que Angel Rama llama la Ciudad Letrada, el grupo “restricte y drásticamente urbano”, encargado de preservar un conjunto de valores que va del catolicismo a la cultura greco-latina, y de hacer uso de la escritura en medios sojuzgados por el analfabetismo y el odio al conocimiento, que es también reverencia de lo que se ignora. Pese a las advertencias de la Biblia (“El mucho estudio aflicción es de la carne”), los letrados prefieren acatar a la máxima de Santo Tomás, patrón de las bibliotecas: “Desconfiad del hombre de un solo libro”.

En el virreinato, la Ciudad Letrada es un compartimiento del poder eclesiástico, dedicado a la interpretación ortodoxa y verbosa de la ley y la doctrina. A servir a Dios, al rey, al virrey, al señor obispo y a cualquier representante de las jerarquías, se disponen, reservan-

do tiempo para sus obsesiones, los eruditos y los sabios doctores, que preparan leyes, reglamentos, catecismos, proclamas, cédulas, vidas y milagros de santos, reminiscencias de la barbarie en que vivían asombrosamente los ídólatras, propaganda inacabable de la fe, versiones delirantes y serviles del dogma. Durante dos siglos la capital de la Nueva España es el ámbito exacto de la Ciudad Letrada, y en conventos y templos y paseos destinados al esplendor del Santísimo y sociedad que reverente lo acompaña, los monopolistas de la lectura distribuyen el respeto a las autoridades civiles y terrenales. A ellos les es dado percibir lo que para los demás es profundo misterio: las distancias entre la letra ceremonial y la palabra hablada que hace, según Rama, “de la *ciudad letrada una ciudad escriturada*, reservada a una estricta minoría”.

El fin del gobierno español y la creación de la república, renueva y problematiza a la ciudad letrada. Esta gradual e inevitablemente, se escinde al ritmo de las predilecciones políticas, que son también concepciones de la cultura. Son numerosos los sacerdotes que luchan por la independencia, son legión los doctores de la Universidad que abominan del cambio. Y en las primeras décadas del siglo, la ciudad letrada es el escenario contradictorio por excelencia: ocupa todavía gran parte del territorio de la antigua ciudad eclesiástica, pero libera-

liza o, para entrar en materia, seculariza progresivamente sus hábitos, infundiéndole creciente autonomía a su fe en la escritura y el saber.

En el tránsito de una cultura eclesiástica a una cultura seglar (en la entrada al mundo o al siglo de la ciudad letrada), intervienen diversos elementos, entre ellos:

— La transformación del dogma central de la Ciudad Letrada, que fue el acatamiento del orden, y que será la existencia misma de un poder subordinado, pero al que debe concedérsele un tratamiento privilegiado.

— La difusión precaria pero inexorable de la lectura (recuérdese que todavía a mediados del siglo XVIII la Biblia se reserva en exclusiva a los sacerdotes, y lo mal vistas y reprimidas que eran las lectoras en los siglos XVI y XVII. Mujer que sabe latín, ni tiene marido, ni tiene buen fin).

— La presencia inevitable en los gobiernos republicanos de integrantes de la ciudad letrada, que formulan, a partir de la cultura jurídica el nuevo lenguaje público. (Los códigos substituyen impalablemente a los evangelios). Si los abogados aportan el tono verbal y el énfasis retórico, los escribanos, escribientes y burócratas, son muy útiles en las operaciones del inicio: la concentración de la propiedad, la reglamentación posible en el caos, la creación de atmósferas donde unos cuantos deciden qué es *legítimo* y qué es *legal*. Y para ello hace falta sostener (sin decirle) el carácter semi-sacramental del ejercicio de la escritura.

— La conversión de la retórica y la oratoria en extensiones o derivaciones del habla eclesiástica y la oratoria sagrada. En la Ciudad Letrada el discurso (el fervorín) es indicación precisa: aquí estuvo el púlpito, aquí está la tribuna, aquí estuvo el Señor Cura, aquí está el Señor Licenciado. Faltan las tallas de santos y la seguridad de hablar en nombre del Más Allá,

pero las funciones son las mismas. Y la necesidad de mantener el aura del conocimiento, que es defensa de la gran herencia clásica y protección contra los bárbaros, lleva a lo que aún hoy nos aflige: la separación entre lenguaje público y lenguaje privado, el carácter con frecuencia cabalístico del primero, su condición de exorcismo críptico que libera a la nación de la ignorancia.

*Y last but not least.*

— La multiplicación de las academias, reemplazo de las cofradías y las órdenes, con su cauda de certámenes literarios, triunfos parténicos, pompas desbordantes, panegíricos, poemas heroicos, odas, sonetos, comentarios a libros fundamentales que los comentaristas escriben. La primera agrupación del siglo XX es la Arcadia Mexicana, que en el nombre encumbra la manía clásica y la autocomplacencia indispensable para seguir creyendo en lo que uno hace, no obstante la indiferencia ajena. Esto ocurre mientras se politiza la Ciudad Letrada, que se inunda de folletos, hojas volantes y gacetas, mientras en *los cenáculos* (la palabra indispensable que se opondrá a *las redacciones de periódicos*) cunden las referencias a los libros ya no prohibidos, a ideas del humanismo, a las prédicas tan pospuestas de la Ilustración. Los conservadores ven en todo cambio una señal apocalíptica; los liberales lo son en política, pero no forzosamente en asuntos literarios.

**“Si no nos oye el mundo,  
concédame su oído”**

La ambición primera y última de un sector de la Ciudad Letrada: poner fin a la marginación psicológica de los mexicanos, emanciparse, según el verbo de la época, construir el equivalente literario y científico de la Independencia. En pos de estas metas es urgente extraer a la Ciudad Letrada del territorio eclesiástico, y

afianzarle sus espacios propios. El primero: el de las tertulias o cenáculos, dominadas forzadamente por el intercambio de semblantes atentos, y el *me les te leo*, que asegura el arranque de una literatura por el simple recurso de la complicidad. Los contertulios son los primeros lectores *de* la voz alta (de la dicción como una página llena de indicaciones), los dispuestos semana a semana a creer en el Espíritu, a valorar el ingenio y la erudición, a rodear de floridos halagos las endechas y los alejandrinos.

En el ámbito estrecho de lo que hoy llamamos Centro Histórico, siempre a unos pasos del Zócalo, y de las escuelas y conventos en donde los contertulios se formaron, se reúnen aquellos capaces de leer de corrido y de escribir con galanura ortográfica. A lo largo de un siglo las calles irán cambiando de nombre, pero serán los mismos sitios los frecuentados por los asistentes a la librería Porrúa o los filósofos y literatos del Ateneo de la Juventud. Cabe la augusta sombra de los Colegios de San Gregorio o San Ildefonso, o en las calles de la Cadena y de Escalerillas, o en el Portal de Mercaderes o en el Portal de Agustinos, o en el Colegio de Letrán, los sabios y los amantes de la adquisición se leen poemas, intercambian libros y noticias de libros, aprenden a pensar y a petrificar el pensamiento a través de interminables debates, portan su erudición como escudo y, especialmente, hablan de todo, porque sólo así, desplegando el panorama del conocimiento, se enteran de sus límites y posibilidades. En un Ateneo del siglo XIX lo usual es preparar discursos sobre moral, botánica, agricultura, historia, bellas letras, ciencias jurídicas, geografía, industria.

Pese al influjo devastador de la política, antes y después de las guerras de Reforma, un ateneo entrevera a liberales y conservadores que, por encima de sus discrepancias, se reconocen miembros de la Ciudad Letrada, y orgullosos cultores del idioma, a cuya pureza se destina la Academia de la Lengua fundada el 8 de marzo de 1835, con el fin de ser a la vez editorial de clásicos, creadora del diccionario hispanoamericano y de textos indíge-

nas, centro del estudio de la elocuencia y la poesía.

Sin contar las logias masónicas, que mucho tienen de ateneos, en la ciudad de México, y en menor medida en ciudades principales (Veracruz, Puebla), se desarrollan con rapidez las academias: Sociedad Pública de Lectura (1820), Instituto Nacional (1826), Academia de San Gregorio (1829), Sociedad de Literatos (1831)... y así sucesivamente. Allí participan, sin que el resto de la ciudad se dé por enterado, quienes dependen de lo que saben y memorizan, los convencidos de que agruparse es resistir a filisteos y bárbaros. En acatamiento de esa convicción el sabio José María Lacunza, que vive en un cuartito del Colegio de Letrán, y a quien frecuentan admirativamente varios jóvenes, funda en junio de 1836 con su hermano Juan, Manuel Torrat Ferret y Guillermo Prieto la Academia de Letrán, que pronto nombra como presidente perpetuo al viejo insurgente Andrés Quintana Roo. La mayoría de los académicos son jóvenes: Prieto, Manuel Carpio, José Joaquín Pesado, Fernando Calderón, Ignacio Rodríguez Galván, Manuel Eduardo de Gorostiza, Ignacio Ramírez. Y sin embargo, es amplia la convivencia generacional en un sitio que en *Memorias de mis tiempos*, Prieto describe como más bien lúgubre, circundado por hetairas de gran renombre, de entrada obscura y sucia, de interiores desguarnecidos, ruinosos y sombríos, con una biblioteca materialmente enterrada en el polvo. Allí los ilustradores discuten, leen y corrigen, allí se exaltan y creen descubrir el genio de quien recién los elogió por su temple o su grandeza. Uno es su propósito: implantar las condiciones de la literatura nacional y hacerla fructificar.

### **Y pues contáis con todo, falta una cosa: el público**

¿Qué es lo mexicano en la República que empieza? Lo acepten o no, los contertulios de la primera mitad del siglo XIX proceden según una idea de la nación restringida y reiterativa

al extremo. Lo mexicano es todo aquello que los mexicanos aceptan como tal y la literatura independiente es la que toma en cuenta afa-nes, desvelos y vehemencias de los decididos a escribir pese a no pertenecer a una metrópoli. Lo mexicano, en síntesis, es por una parte lo habitual, y por otra lo ideal, lo que debe ser, y por eso, a la ciudad letrada la caracteriza su negación a dejarse afectar por la ciudad real, que pese a autores como Fernández de Lizardi, sólo será consignada por la escritura en la segunda mitad del siglo XIX, y por vía de la crónica y la narrativa.

Para alejar a la ciudad real, conviene demonizar su creatura múltiple, la gleba, como ya lo hace, desde fines del siglo XVII, Carlos de Sigüenza y Góngora.

Plebe tan en extremo plebe, que sólo ella lo puede ser de lo que reputare la más infame, y lo es de todas las plebes, por componerse de indios, de negros, criollos y gozales de diferentes naciones. De chinos, de mulatos, de moriscos, de mestizos, de zambalgos, de lobos y también de españoles que, en declarándose zaramullos (que es lo mismo que pícaros, chulos y arrebatacapas) y degenerando de sus obligaciones, son los peores entre tan ruin canalla.

No ajusto cuentas con los anti-nacos de otros siglos. Tan sólo indico el odio visceral, característico de la Ciudad Letrada, contra lo que, a su juicio, degrada la realidad, y se localiza en las parcialidades, los barrios indígenas, los barrios de artesanos. Si en cuanto a su geografía, se restringe tanto la Ciudad Letrada, es entre otras cosas para que no la afrente demasiado la persistencia, fétida y agresiva, del fracaso. Entonces como ahora, circunscribirse olfativa y visualmente es preservar los gustos.

¿De qué ciudad real huyen los académicos de Letrán en 1836 ó 1846? De la que sólo se *contempla*, en el sentido de registro minucioso, cuando no queda otro remedio. A la Sultana de los Lagos, que así fue llamada México, la

afean según los vecinos dotados de gusto y escritura, los espectáculos "bárbaros y repugnantes". Imagen: ciénagas inmundas, hombres que no ocultan la posesión de sus mujeres, lluvias de harapos, plazuelas lóbregas, fetidez, fecalismo al aire libre que entonces no aspira a tan rebuscado nombre, y aquí le cedo la palabra a Prieto de *Memorias de mis tiempos*:

Zanjas rebosando inmundicia, anchos caños sembrados de restos de comida, ratas despachurradas y algún can sacando los dientes, muerto, reventado por la cabalonga; muladares, ruinas de adobe... en medio de un llano; San Lázaro con su capilla humilde y sus enfermos carcomidos, y dejando sus huesos al descubierto con sus ojos espantados ribeteados de encarnado.

Siguiendo al Norte: remolino de callejones, casucas en fuga, puertas enanas, ventanas maliciosas con atolerías oscuras llenas de humo, con el envigado casi flotando en aguas pútridas; mujeres medio desnudas sobre el metate, muchachos en cueros vivos gateando o arrastrándose, jaurías de perros sarnosos, hambrientos: era como la degradación del aduar.

Avanzando, estaban los alrededores de la capilla de Manzanares, que hizo célebre Garatuza, y la encrucijada de "Pita Azul", nidos de tifo, escondite de los hijos sacrílegos y confidente de los amoríos de los Reverendos padres de la Merced; todo ceñido o limitado por las acequias con sus curtidurías pestilentes, sus puentes, sus depósitos de frutas y verduras, sus canoas y chalupas, sus indias enredadas, sus indios desnudos y su idioma musical y quejoso, perdiéndose entre los gritos y desvergüenzas de regatones y cargadores.

Solían interrumpir la monotonía asquerosa de esos vericuetos, ya un pleito de gallos, ya un juego de *pítima* o *rayuela*, ya un pico de pilluelos desertores de la escuela, ya el roncar de un marrano di-

choso, ya el pastar de un caballo tísico o de una vaca escuálida en una rinconada.

¿Compensa la ciudad que se ejerce por la desdicha de advertir que lo otro también existe? Sí y no, los integrantes de la ciudad letrada están al tanto de sus ventajas comparativas, pero la miseria y su implacable sordidez les advierten pese a todo de su condición: habitantes de las márgenes del mundo, lectores que nunca serán leídos por el objeto de sus devociones, escritores aún distantes de la literatura nacional que no es sino un primer paso hacia lo inalcanzable. Y la pobreza se identifica con el destino trágico. Escribe el poeta Ignacio Rodríguez Galván, académico de Letrán:

Avaricia, no amor, el mundo rige  
a quien la suerte vacilante aflige.  
Yo, que entre harapos trémulos nací,  
"Te amo", le dije a la mujer.— Revuelta,  
Ella responde con la espalda vuelta:  
"¡Mendigo, huye de aquí!"

### Del ateísmo como fe en lo desconocido

Los integrantes de la Academia de Letrán escriben con tal de verificarse ante sí mismos, discuten para certificar auditivamente la existencia de sus ideas, viven en la timidez de la periferia y se saben (con o sin ese nombre) precursores. Por eso tiene tal importancia entre ellos el acto de "provocación", y por eso, el origen de la leyenda de la Academia de Letrán es un debut en la vida intelectual. En *Memorias de mis tiempos* Prieto refiere con entusiasmo un episodio de 1837: a la Academia de Letrán, recinto de jóvenes formados por la cultura eclesiástica, ingresa un joven de 18 a 20 años, triste y desaliñado:

Ramírez sacó del bolsillo del costado, un puño de papeles de todos tamaños y colores; algunos, impresos por un lado, otros en tiras como recortes de moldes de vestido, y avisos de toros o de teatro. Arregló aquella baraja y leyó con voz segura e

insolente el título, que decía: *No hay Dios*.

El estallido inesperado de una bomba, la aparición de un monstruo, el derrumbe estrepitoso del techo, no hubieran producido mayor conmoción.

Se levantó un clamor rabioso que se disolvió en altercados y disputas.

Ramírez veía todo aquello con despreciativa inmovilidad. El Sr. Iturralde, Rector del Colegio, dijo: Yo no puedo permitir que aquí se lea eso; es un establecimiento de educación.

Desde el principio, Ignacio Ramírez representa el *espíritu moderno* que, según Cyril Connolly, combina cualidades intelectuales heredadas de la Ilustración: lucidez, ironía, escepticismo, y curiosidad intelectual, que se añaden a la intensidad apasionada y la sensibilidad enaltecida de los románticos, a su rebelión y su sentido del experimento técnico, a su conciencia de vivir en épocas trágicas. Y Ramírez es profundamente moderno a fuerza de examinar con rigor la tradición heredada, de la cual es producto inevitable (nace en 1818, en Guanajuato, y estudia en un seminario; una generación antes, hubiese desperdiciado sus facultades, y a la amargura, mas la revolución de Independencia le concede alternativas).

Por la necesidad de vivir de otro modo, Ramírez hace pública la creencia que no osaba decir su nombre. El ateísmo entonces no significa "indiferencia" o "desdén" ante las imágenes de la vida eterna, sino una certeza belicosa: en la sociedad republicana las normas morales surgirán del consenso civilizado y no de un Absoluto que se negocia a diario con la Iglesia. En la América Latina del siglo XIX, un ateo declarado es alguien que, enfrentándose al mayor de los prejuicios, hace uso de la preocupación moral a modo de formación cívica. Véase al respecto otra descripción del célebre ingreso a la Academia de Letrán, la del escritor Hilarión Frías y Soto:

La tesis de Ramírez versaba sobre este principio: *No hay Dios; los seres de la*

*Naturaleza se sostienen por sí mismos...*  
He aquí el lema con que se anunció Ramírez ante una sociedad retardatoria, poco ilustrada, fanatizada por el imperio secular de España.

Si cualquier otro hubiera lanzado ese grito de guerra que atentaba contra un Dios, contra las creencias de una era y contra la filosofía presidida por Roma, la divina y la infalible, habría sido tomado como un jactancioso demente... México sintió el calosfrío del presentimiento, porque en aquel blasfemo principio se traslucía una revolución social, que removería desde sus cimientos la sociedad vieja de construcción gótica para darle la forma que exigía el progreso humano...

La declaración de ateísmo marcará a Ramírez el resto de su vida. Ahora, en las postrimerías de un siglo que pierde y reencuentra y pierde circularmente, y con diferentes atavíos, a la experiencia religiosa, sólo es dable vislumbrar los alcances de tal pronunciamiento acudiendo a las hipótesis que se desprenden de los testimonios disponibles. En ciudades que apenas lo son, o en la todavía pequeña capital, clérigos y burgueses buscan públicamente la protección divina, que los distinguirá de la gleba. Como ha demostrado Lucien Febvre en su magnífico examen de Rabelais y el sentimiento agnóstico en el siglo XVI, la impensabilidad del ateísmo formaba parte de la naturaleza social, era un hecho incontrovertible. Así, la frase lapidaria: *No hay Dios*, no sólo permite suponer, a través de un individuo, a muchos otros que comparten su actitud sin atreverse a expresarla, sino, de manera fundamental, nos acerca al preámbulo de la cultura urbana en cuya coraza de inhibiciones se filtra abruptamente la osadía. Por sí sola, la afirmación de Ramírez, todavía herética en 1948 como lo supo Diego Rivera al incluir la frase en su mural *Un domingo en la Alameda* sólo para borrarla después del gran escándalo, exhibe la mentalidad de quien desprende de sus lecturas y de la lectura de la ciudad misma, la

energía suficiente para decir lo que piensa. Si la ciudad de 1837 está todavía sujeta a la traza clerical, y se norma por la magnificencia opresiva, se entenderá la profecía urbana de Ramírez, que, muy posiblemente (lo indemostrable no es lo inconcebible), y como lo ratifica la gran provocación intelectual que es su obra, se nutre también de la contemplación de la ciudad real en donde fermenta y se va afianzando la vida laica: rijosa, bebedora, putañera, pícara, represiva, religiosa a sus horas, y que actúa las más de las veces sin esa conciencia del "temor de Dios" que es obediencia a los clérigos.

La Academia de Letrán es mucho más (y mucho menos) que la triunfal aparición de Ignacio Ramírez. En sus veinte años de vida, mezcla a liberales y conservadores, difunde la poesía y la retórica, permite sesiones exaltadas y sesiones de incruenta y fatigosa sabiduría. Y los académicos viven la ciudad pequeña y, a su modo, marginal, en paseos, cafés, bibliotecas, casas amplias donde las veladas transcurren al lado del piano, curatos, teatros donde las jerarquías están tan rígidamente marcadas como en la corte virreinal o en las procesiones. En tanto personas con vida política, y Rodríguez Galván es un ejemplo, las vidas se someten al ritmo de las actitudes y los de la Academia de Letrán combaten, denuncian, van al exilio, increpan a la autoridad. En tanto miembros de la ciudad letrada, ellos se atienen a lecturas, intercambios, admiraciones, y a la certeza de fundar la literatura nacional.

Esta conciliación de los opuestos, que será tan fructífera en la República Restaurada, presiona en favor de la ciudad ideal, que a la ciudad real la deja como la pesadilla inevitable. Y será aún vigente en 1926 ó 1930, cuando los integrantes de la revista *Contemporáneos* viven la ciudad como un rescate de la palabra y de la imaginación. En 1836, la Academia que unos años antes hubiese sido cofradía, representa la irrupción de curas sin iglesia, de curas con latín pero sin misa, de intelectuales que —con unos cuantos periódicos a su disposición, sin industria editorial, con la universi-

---

dad reducida al mínimo—deciden unirse para constituir entre todos al primer público cultural a su disposición. ¡Oh esforzados varones,

amasteis vuestros productos literarios con tal de darle oportunidad al olvido de las generaciones venideras!



